

"La pérgola de las flores", nuevamente
Un pedazo del país

Doen que es la obra más vista por el público chileno en toda su historia. No es raro. *La pérgola de las flores* tiene la inteligente combinación que necesita una comedia musical: temática popular, música retórica, diálogos ingeniosos, referencias a la historia política chilena, personajes reconocibles y estructura tradicional.

Una función cualquiera de las que exhibe el Nuevo Teatro Cariola desde la semana pasada confirma un ritual que se viene prolongando hace 28 años, cuando la estrenó el entonces Teatro de Ensayo de la Universidad Católica: un público popular (no es el tradicional del teatro en Chile) taurina las canciones, se ríe con las caricaturas de las piticuas, se lameca por la Carmelita (Marcela Medellín) y se alegra de que la pérgola de San Francisco —una vez más— no sea demolida, para permitir el ensanche de la Alameda de las Delicias en el Santiago de 1929. Difícilmente esta identificación masiva y homogénea se produzca en Chile con otra obra teatral, o si siquiera con otro fenómeno artístico.

Pese a ser un acontecimiento popular, *La pérgola...* ha sido, curiosamente,

poco estudiada desde la perspectiva de los mecenazgos que permiten ese arraigo en la gente. No obstante su éxito, las referencias en investigaciones y publicaciones son pocas, desechándose el asunto en pocas líneas. Merece más: su trascendencia no viene de la profundidad del mensaje existencial ni de la extensión de su propuesta innovadora, sino porque, entre otras cosas, sintetiza uno de los temas más populares y conocidos en la dramaturgia chilena del siglo XX: la oposición campo-ciudad y tradición-modernidad.

Así, *La pérgola...* revive y condensa el mito de obras anteriores y de toda una estética, donde el depósito de pereza, ingenuidad, tezón y vitalidad está en las afueras, en el campo, mientras que la ciudad representa la decadencia, la pose, el desamor, el interés y el lucro. Tomás (Jaime Antúcar) es en rigor un trasplantado: ahora su cuñado de Limache y desprecia Santiago. El y la Carmela son jóvenes, abusados, de una sola cara. Se enamoran y después de algunos devaneos amarrosos de ella —que sirven para mostrar claramente la decadencia santiaguina,

ni, sobre todo de la clase alta— se van a vivir al "campo-lindo, campo bueno". Allí quedarán los bocinazos, los carabineros, las señoras empingonadas; las niñas con cara de lata y las movidas del alcalde. Así se reconstituye el parís perdido, después de la odisea que debieron pasar los enamorados para sobrevivir.

SABOR A HOMENAJE

Simultáneamente con este ajuste, la batalla por mantener la pérgola de San Francisco se gana. Allí se cruza otro mito —más general y permanente— que amplifica su popularidad: es un grupo social organizado el que invierte la decisión oficial y mantiene en su lugar de trabajo, mostrándose de pesada y picarmento, la corrupción criolla en las decisiones edificias, porque el urbanista Valenzuela consigue igualmente un proyecto de envergadura gracias a los buenos oficios de su tío Laurita. Todo ello en plena dictadura de Ibáñez.

En este y otros aspectos domina la misma visión de *La pérgola...*, clave para su popularidad: la perspectiva es

siempre de una clase baja o modesta. De allí que la mirada hacia los poderosos sea satírica, ridiculizando un modo de hablar, moverse y comportarse, el que aparece como poco natural,

impuesto. Todas estas lecturas posibles son hechas por el público actual —que participa activamente—, mucho más de lo que Isidora Aguirre y Francisco Flores del Campo —los autores



La Carmelita (Marcela Medellín) de una sola cara.

de la obra— jamás se hubieran imaginado.

La versión del Nuevo Teatro Cariola —remozando ahora para ofrecer dramaturgia nacional— es la quinta desde 1960, si no se toman en cuenta las diversas reposiciones del Teatro de Ensayo. En este montaje, que nuevamente dirigió Eugenio Guzmán, la actuación y destreza profesional suple una cierta modestía en la infraestructura material, que se refleja principalmente en la escenografía.

La puesta tiene un emotivo sabor a homenaje al teatro chileno, porque reúne a varios de los actores más trascendentales de las últimas décadas: Anita González (la primera doña Rosaura, ahora con mayor vitalidad aún), Mireya Véliz, Tennyson Ferrada, Violeta Vidaurre, Ramón Núñez, Jaime Antúcar y Alberto Chacón. Ellos, unidos al grupo más joven, construyen un espectáculo alegre y sentimental que devuelve al espectador la emoción de reconocer sobre el escenario un pedazo del país, incluso hasta en algunos de sus parlamentos simples e inmemoriales: "Aquí le traigo a mi sobrina, ¡Saluda, pasa, niña!". J.A.P.

Un pedazo del país [artículo] J. A. P.

Libros y documentos

AUTORÍA

Piña, Juan Andrés, 1953-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un pedazo del país [artículo] J. A. P. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)